era curioso, picante y algunas veces de muy delicado gusto.

Por medio de correspondencias diplomáticas, de periódicos, de cartas particulares y de memorias, hemos procurado bosquejarlo, sin retroceder ante ciertos detalles que el impudor de nuestros padres, acostumbrados á llamar á las cosas por su nombre, hacían difíciles de dibujar sin acudir á ciertas perífrasis.

Los retratos de Windsor, las admirables pinturas de Peter Lely, de Honthorst y de Huysmans, con los grabados holandeses, tantas veces puestos á contribución y tan útiles, y hasta los almanaques de la época, nos han suministrado los elementos de unas ilustraciones auténticas, variadas y verdaderamente artísticas.

La Corte Galante de Carlos II

I

Primeras armas y primeros amores.

L día siguiente de su alumbramiento, y en medio de los horrores de la guerra civil, la reina Enriqueta-María tuvo que huir precipitadamente de Exeter, que iba á ser asaltada (Julio de 1644) y embarcarse en Plymouth, bajo un disfraz, para refugiarse en Francia.

El Louvre se encontraba vacante. Ana de Austria habitaba, desde hacía poco, en el Palais-Royal, que estaba más en armonía con los gustos de la época. Ofrecióse hospitalidad á la hija de Enrique IV en el que había sido palacio de su padre. Primeramente fué acogida como soberana, abrumándola en fuerza de honores y pleitesías. Ana de Austria la colocaba siempre á su derecha y Mazarino la anunció que la darían una pensión de 1 200 libras diarias. « Tenía á su servicio, cuenta la señorita de Montpensier (1), á muchas damas de elevada alcurnia, camaristas, carrozas, guardias y criados. Todo esto disminuyó poco á poco, y algún tiempo después no la quedaba más que lo indispensable. »

(1) Mlle de Montpensier. *Memorias*, 26 (colección Michaud y Poujoulat).

Cuando, después de su huida á Edgehill (Marzo de 1645), el príncipe de Gales se unió á su madre, empeñóse esta última en casarle con la hija del hermano mayor del rey (1), la señorita Montpensier, opulenta prima que representaba, ante sus ojos, rodeada del brillo y comodidades del palacio de las Tullerias, la perdida fortuna (2). La señorita de Montpensier se juzgaba un partido excesivamente ventajoso para un príncipe expatriado. Es verdad que Carlos, que entonces contaba unos diez y seis ó diez y siete años, era un un guapo caballero. Su tez morena armonizaba con los ojos negros, y si la boca era algo grande, la estatura en cambio era elevada. Pero Ana-María-Luisa de Orleans, la Gran Señorita, no brillaba por su modestia (3). Convencida de su belleza, de la magnificencia de sus rubios cabellos y de la gracia de su talle, aspiraba á más. Se dejó cortejar por la madre y por el hijo, parientes desheredados de la fortuna, á quienes, á cambio de estos homenajes, recompensaba con la limosna de algunas miradas. En una de esas fiestas del Palais-Royal en las que se representaba un baile italiano con máquinas de

(1) La hija del hermano mayor del rey se llamaba en aquella época *Gran Señorita* (N. del T.).

(2) Acerca de la *Grande Mademoiselle*, se debe léer, además de sus *Memorias* el notable de libro Arvède Barine, *La Jeunesse de la Grande Mademoiselle*.

(3) He aquí el retrato que ella misma se hacía : « Soy alta, ni gruesa, ni delgada, de talle bien formado y esbelto. Mi rostro es lindo, el busto bien torneado, las manos y los brazos no son hermosos, pero su piel es tan bella como la del cuello. Tengo la piernas muy derechas y el pie bien hecho, mis cabellos son de un hermoso rubio-ceniza, mi rostro es alargado, la nariz grande y aguileña, la boca ni grande ni chica, pero arqueada de una manera agradable y con labios rojos; los dientes no son hermosos pero tampoco horribles; mis ojos son azules ni grandes ni pequeños, pero brillantes, dulces y orgullosos como mi rostro. Tengo aspecto altivo sin fanfarronería. Soy llana y muy tratable pero sé hacerme respetar. Soy descuidada en el vestido sin llegar á la suciedad, pues la odio con todas mis fuerzas soy limpia y, descuidada ó adornada, sé vestir bien. No es que esté mejor vestida, pero la negligencia me sienta menos mal que á cualquiera otra y más realzo lo qué me pongo, que ello me realza á mi. (*Galería de los retratos de Montpensier*, p. 411.)

Torelli, ¿no apareció la joven adornada con las piedras de la corona de Inglaterra como si ya hubiese despojado de ellas, á su futura suegra?

El príncipe de Gales, que llevaba cintas con los colores de su librea : encarnado, blanco y negro; estaba sentado á sus pies : « Mi corazón, ha escrito orgullosamente la joven, le miraba de arriba abajo, lo mismo que mis ojos. » Carlos, no pudiendo hablar, procuraba tener la actitud de un enamorado. « Su galanteria, sigue diciendo la caprichosa princesa, llegó á tales términos que hizo mucho ruido por el mundo, pero lo más molesto era que no hablaba ni comprendía ni una palabra de francés. »

Además, la señorita de Montpensier no era de las jóvenes que ponen gran cuidado en enterarse de lo que se la decía de parte de un hombre que no podía expresarse por sí mismo, con tanta más razón, cuanto que ella veía con desagrado aquella boda con el hijo de un rey casi destronado. ¿No era preferible casarse con el emperador Fernando III que acababa de quedarse viudo? Encontró á Carlos cien defectos : comía como cuatro, en las comidas de ceremonia ni probaba los faisanes ni hortelanos, pero en cambio se lanzaba sobre los trozos de vaca y las chuletas de cordero « como si no hubiese comido en toda su vida más que aquello (1). » Su primo Ruperto la hubiera agradado más, pero no era sino un segundón alemán, un príncipe palatino que contribuía á la ruina de la Casa de Inglaterra. El partido que se la ofrecía con el príncipe de Gales fué, pues, medido y pesado por la señorita de Montpensier. « Si me casare con él, pensaba, el día menos pensado tendría que venderlo todo para conquistar su reino». En una palabra, Carlos fué rechazado por la gran coqueta.

La reina Enriqueta-María, no trató de disimular su disgusto. « Cuando la reina supo que yo había entrado en Orleans (2), cuenta la misma Montpensier, dijo que no la

(1) Mlle de Montpensier. *Memorias*.

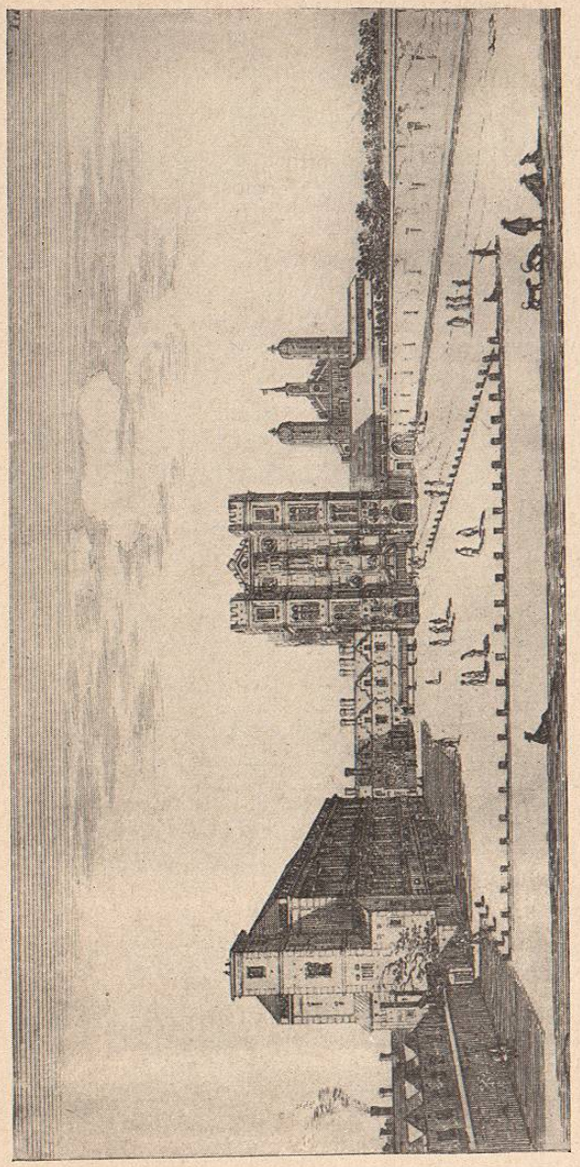
(2) La toma de Orleans data del 27 de Marzo de 1652.

causaba asombro que hubiese salvado á Orleans de las manos de mis enemigos, como había hecho otra vez Juana de Arco, pues como ella había comenzado rechazando á los ingleses, queriendo decir, con esto que había echado á su hijo de mi casa (1). »

Una vez sin esperanzas, el príncipe de Gales, no tardó en encontrarse en Calais con el deseo de ver si podía pasar á Escocia. Llevóse hasta el último sueldo de la pensión que la Corte había otorgado á su madre, por lo cual, todos sus criados la abandonaron pidiendola lo que les debía. Enriqueta-María fué á buscar asilo en una habitacioncita de las Carmelitas de la calle de Saint-Jacques. Sus criados no tardaron en dispersarse por París, buscando mejor acomodo. Un día en que la reina se quedó acostada, en tiempos de la Fronda, por falta de leña para calentarse, el coadjutor de Retz, obtuvo para ella, del Parlamento, un socorro de 40 000 libras. Todo París estaba todavía emocionado con las noticias que acababan de llegar del otro lado del estrecho. El 9 de Febrero de 1649, la cabeza de Carlos I había caído en Whitehall bajo el hacha del verdugo (2). Pero algunos días después la efervescencia que reinaba en la Corte de San Germán hizo llegar sus efectos hasta la « reina desgraciada » como se apellidaba á Enriqueta-María. Por las calles, la multitud vociferaba y gritaba contra la hija de Enrique IV y su hijo : « Quieren, decían, hacernos tan desgraciados como ellos, y hacen cuanto pueden por arruinar á Francia, como han hecho con Inglaterra ». Muy pronto fué preciso huir de París, y á pesar de los acreedores, amotinados con objeto de detener las carrozas, juntáronse á la Corte en Chatou y después fueron á refugiarse en el viejo castillo de San Germán. El joven Carlos II, descorazonado por el mal

(1) Mlle de Montpensier. *Memorias*.

(2) Inglaterra no había adoptado todavía el calendario gregoriano. Para ellos el año comenzaba el 24 de Marzo, de ahí, el que señalen las crónicas contempóreas, la fecha de 30 de Enero de 1648, aunque no existiesen más que diez días de diferencia entre los dos calendarios.



Vista y perspectiva del palacio de Whitehall.
Dibujo de Silvestre, grabado por Israel. (Bibl. Nac. París.)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

éxito de sus tentativas y recientemente vuelto á Francia, de riguroso luto, á caballo y con la mano puesta en la portezuela del coche, defendía á su madre con su cuerpo (1).

En sus días de destierro, el príncipe había cesado rápidamente de ser el incoloro y silencioso jovenzuelo que había sido despreciado por la señorita de Montpensier. Entre las bellas conspiradoras con quienes había tenido contacto en París, se había enamorado de la duquesa de Châtillon. Hija del conde de Boutteville-Montmorency, tan famoso por sus duelos, y decapitado durante el ministerio de Richelieu, se había casado, pocos años antes, con Gaspar de Coligny, duque de Châtillon, que la había raptado á instigación de Condé. Después había tenido ella relaciones con Condé, Beaufort y el duque de Nemours, porque su corazón estaba siempre á la disposición del que supiese apoderarse de él, pues según la frase de Bussy-Rabutin « era interesada, infiel y fría ». Se decía que amaba tanto al príncipe que se sacrificaba hasta el punto de tomar tantos amantes como partidarios hacían falta á la Fronda (2). Deseaba, si hay que creer á los contemporáneos, hasta robar el rey á Mazarino para agregarlo al número de los partidarios del príncipe. Pero era el rey tan joven que la fué preciso renunciar á aquella conquista (3). Carlos II había pasado de la edad de las minorías reales. Esta belleza célebre le conquistó por completo. « Tenía los ojos negros y vivos, dice un contemporáneo, la frente pequeña, la nariz bien hecha, la boca encarnada, la tez segun le venía en ganas, pero ordinariamente gustaba de tenerla blanca y roja. Tenía una risa encantadora que sabía desper-

(1) Conde de Baillon. *Cartas de Enriqueta-María*, p. 266.

(2) Nombre dado á la guerra civil existente en Francia durante la minoría de Luis XIV, entre el partido de la Corte (Ana de Austria y Mazarino) y el parlamento (1648-1653). N. del T.

(3) Acerca de la tentativa de conquista de Luis XIV por Mme Châtillon, véase nuestro libro : *Fouquet, superintendente de Rentas Públicas*, p. 14.

tar la ternura en el fondo de los corazones (1). » Cuando Gaspar de Coligny fué muerto durante la Fronda, en el combate de Charentón, esta ardiente pasión de Carlos II no había nacido todavía. Llegó á su colmo en 1651, cuando el joven rey volvió de Inglaterra rodeado de toda la gloria de una campaña novelesca.

Enriqueta-María procuró pagar la hospitalidad que había recibido en Francia haciendo por la Corte y por Mazarino todo cuanto la fué posible. Ella fué quien principalmente negoció con el Parlamento la reconciliación que permitió á Luis XIV volver á París, y el joven rey vino á darle las gracias al Louvre, por una intervención que aseguraba la paz y la restitución de la autoridad real. Bien hubiera querido la reina algo más que buenas palabras y un agradecimiento platónico. No desesperaba de la restauración de su hijo en Inglaterra, pues, por muy hábil que fuese Cromwell y por muy afortunadas que fuesen sus armas, estaba muy lejos de dominar sin lucha los territorios en que había reinado Carlos I. Escocia, siempre turbulenta, parecía desear un príncipe de la Casa de Estuardo. Enriqueta-María, hija de Enrique IV, sabía cómo se reconquista un reino. Soñaba para esto con el apoyo de Francia, pero, á medida que pasaban los días, tuvo que convencerse de que había tenido un hermoso sueño, sin realidad. Entonces, la pequeña asamblea realista del Louvre, decidió que se debía probar fortuna por las armas y, puesto que la Escocia reclamaba un Estuardo, Carlos II se decidió á acudir á la invitación de sus partidarios y á presentarse en persona sobre el suelo escocés. El 2 de Junio de 1651, desembarcó en Sprey y muy pronto hizo su entrada en Edimburgo en medio de la alegría general. Cromwell, enterado de su desembarco, avanzó á marchas forzadas. Los Presbiterianos (2) aprove-

(1) Bussy-Rabutin. *Hist. amorosa de los Galos*, t. I, p. 156. Col. P. Jannet.

(2) El *Covenant* ó liga de Escoceses de 1858, habia sido renovada en Edimburgo cuando Carlos I quiso imponer el rito anglicano, á fin de oponerse á dicha reforma religiosa.

charon el peligro para obligar al rey á subscribir sus condiciones. A este precio Carlos II pudo hacerse coronar en Scone el 1º de Enero de 1651. Por todos lados fortificaban las plazas, en todas los lugares se preparaban á rechazar el asalto de las tropas del Protector. La victoria era sin duda de los realistas si estos hubiesen sabido esperar, pero Carlos II, acostumbrado á los placeres fáciles, no tardó en lastimar los prejuicios y las susceptibilidades de sus huéspedes. Estaba disgustado de aquella hospitalidad escocesa, que tan cara le había costado; inhábiles consejeros, haciendo brillar ante sus ojos la esperanza de que se levantaría en su favor el país de Gales, le obligaron á que aceptase con entusiasmo la idea de marchar hacia la frontera. Su ejército, muy heterogéneo, como raza y como religión, y desorientado por esta campaña de incursión, fué vencido en Worcester el 3 de Septiembre. La derrota fué tan grande que los Caballeros tuvieron que huir (1). Carlos y algunos de sus fieles, llegaron al galope, al otro día, á la antígua abadía de las Damas Blancas de Boscobel, en donde vivían los hermanos Penderell (2). Estos sencillos leñadores eran católicos fervientes y no vacilaron en dar asilo al rey. Rápidamente hicieron caer sus cabellos bajo las tijeras (3); los quemaron, así como todo lo que podía parecer sospechoso, y mientras se disfrazaba con el traje de un mozo de labor, cada uno de los caballeros, que componían su pequeña escolta, huyeron á galope tendido, procurando atraer tras sí á los emisarios de Cromwell. Después de una noche de reposo, uno de los hermanos Penderell, condujo á Carlos II

(1) *Caballeros*, nombre dado á los realistas durante la revolución de Inglaterra, por oposición á los parlamentarios llamados *Cabezas redondas*.

(2) Acerca de la huida de Carlos II á través de Inglaterra véase : *Le Chesne royal*, por el conde de Baillon (*Le Correspondant*, 1887), y el libro de Eva Scott, *The King in Exil*.

(3) Carlos II, como todos *Caballeros*, llevaba los cabellos largos y rizados.

al bosque. Era tiempo; la casa de Boscobel, señalada como sospechosa, iba á ser invadida por los soldados del Protector. Toda esta región fronteriza abrigaba, desde la persecución dirigida contra los católicos, á un gran número de sacerdotes, tanto que casi no había granja ni castillo que no tuviese secretos escondites donde los perseguidos podían esperar á que los perseguidores hubiesen perdido su rastro. Carlos II recibió hospitalidad, sucesivamente, en algunos de estos lugares misteriosos. En el castillo de Moseley, que poseía Thomas Whitgreave, el castellano y su capellan, el benedictino John Huddleston, vendaron los entumecidos pies del rey y, cuando se acercaron los soldados, se ocultaron este y Huddleston en las habitaciones secretas del castillo. « He aquí, pues, á Vuestra Majestad tratado de la misma manera que yo, le dijo sonriendo el padre Huddleston. — Si Dios quiere devolverme mi corona, vos y los de la misma religión, gozaréis de la misma libertad que mis demás vasallos (1). »

Retrato del príncipe Ruperto (Roberto de Baviera). Por Honthorst. (Museo del Louvre.)

(1) Condesa R. de Courson. *La Persecución de los católicos en Inglaterra*, p. 11.

Después de su estancia enel castillo de Moseley, Carlos II fué acogido por el coronel Careless; después se le ocultó en Chêne-Royal. Lord Wilmot le condujo después por el país, temiendo siempre caer en algúna celada, y terminó proponiéndole que se confiara al coronel Lane y á su hija Mary.

Disfrazado de lacayo, Carlos II hizo montar á la joven, « que no era extraordinariamente bella » á la grupa de su caballo y con pretexto de conducirla á casa de su hermana, atravesó de esta forma una buena parte de Inglaterra. En una posada, *el criado* dejó por torpeza en su oficio que el asado se quemara; más de una vez encontraron piquetes de caballería que interrogaban á los viajeros, y sobre todo á la joven, porque les inspiraba lástima el zopenco que la acompañaba. En todos lados los dejaron pasar sin inconveniente. Los que conocían al rey fingían ignorar quien era; no obstante, un día en que Carlos almorzaba en una mala posada, entabló conversación con un mozo de cuadra. « ¿Has visto al rey? » le preguntó el príncipe. — « Más de veinte veces — ¿Cómo es? » El mozo de cuadra miró fijamente á su interlocutor. « Es más alto que tú, lo menos tres dedos. » En otra parte, un palafrenero gritó al verle. « ¡Ah! héte aquí¡ te conozco! — ¡Ah! ¿y donde me has visto? — « En Exeter. » En efecto, Carlos había vivido mucho tiempo en dicha ciudad. Lleno de audacia respondió: « Es verdad; he pasado dos años allí, al servicio de lord Peter. Estoy muy contento de haberte encontrado. Vamos á echar un trago. » El palafrenero se excusó diciendo que estaba muy ocupado. « Imposible; lo siento mucho, pero tengo que marchar á Londres. A la vuelta nos volveremos á ver y tendremos tiempo para reanudar nuestra amistad. »

Cerca de Bristol, en casa de un amigo del coronel Lane, el pretendido lacayo se quitó el sombrero delante de la dueña de la casa; al verle el encargado de la bodega, John Pope, le miró con mucha atención; después de este examen se acercó á él y le rogó que le acompañase á la cueva para ayudarle en su trabajo. Cuando estuvieron allí,

John Pope, llenando una copa, la apuró á la salud del rey. Después, poniendo una rodilla en tierra, « sé quien sois, le dijo, y os seré fiel hasta la muerte ». Carlos II le tendió la mano y le encargó que buscase un buque, para ver si podía regresar á Francia, pero como hubiese sido una imprudencia embarcarse tan cerca de Bristol, el rey continuó sus excursiones. Afortunadamente Mary Lane y él fueron á dar con sus huesos en una taberna, en la que la tabernera, persona de ingenio, imaginó instantáneamente una novela de rapto, con objeto de salvarlo y en la que se prestaba ella á hacer el papel de cómplice. Gracias á su intervención pudieron llegar á un puertecito del Sussex y convencer al capitan Tettershall de que embarcase al compañero que había reemplazado á Mary Lane (1) y al pretendido doméstico. El capitán supuso de lo que se trataba. « Mylord, dijo al compañero del rey, tenéis criados de buena casa, y creo que existan pocos hidalgos en Europa, servidos mejor que vos. » No obstante Tettershall no insistió ni divulgó el secreto; al contrario, apresuró la partida. Habiendo manifestado á su mujer las sospechas que tenía, « parte immediatamente, le dijo esta, me importaría poco morir con mis hijos, si con ello podía contribuir á la salvación del rey. » El 20 de Octubre salieron del puerto. Un marinero fumaba su pipa á algunos pasos del pretendido criado y le lanzaba el humo á la cara. Tettershall le hizo una observación. « ¡Bueno! dijo el hombre, todo el mundo puede bromear! » Algunas horas después estaban á la vista de Fecamp. Entonces Tettershall se echó á los pies del rey.

Desembarcaron enseguida y Carlos II se encaminó hacia Ruán. Tenía, según más tarde refiere á Pepys, una cara tan patibularia, que el posadero miró si no le faltaba nada

(1) Mary Lane tuvo que refugiarse en Francia con su padre, algunos meses después. A pesar del cuidado que Carlos II había tenido de difundir el rumor de una fuga completamente fantástica, los que le habían protegido no tardaron en ser sospechosos. Mary Lane fué muy festejada en Francia.

antes de que se marchase. Con una peluca que reemplazó sus cortados cabellos fué como entró en París Carlos II y como vió á su madre. « La reina, dice un despacho de origen inglés, fechado el 11 de Noviembre de 1651, se ha confinado completamente en el Louvre después de la llegada del rey. Unicamente el lunes último, por la tarde, fué á Chaillot con la intención de pasar allí dos ó tres días para entregarse á sus devociones (1), después de lo cual ha vuelto aquí el jueves por la tarde. Está muy contenta y parece loca de alegría por haber encontrado á su hijo en buen estado de salud. El rey, en cambio, está triste y sombrío la mayor parte del tiempo. La alegría, contraria á su manera de ser, que se ha esforzado en simular á su regreso, no ha durado más que unos días. Ahora, está siempre silencioso, ya se encuentre en compañía de su madre ó de otra persona cualquiera. »

Carlos II se aburría al no continuar la vida agitada y de inquietud ansiosa que había llevado hasta el momento en que volvió á cruzar el canal de la Mancha. Había encontrado en París, en la pequeña Corte del Louvre, intrigas y preocupaciones que le parecían tan monótonas como mezquinas. El carácter de Enriqueta-María seguía siendo desagradable. Imperiosa y autoritaria, pretendía que su hijo volviese á hacer la corte á la señorita de Montpensier, pues veía más claramente que nunca que era el único medio para que el joven rey volviese á sentarse en el trono, empleando sabiamente la riquezas acumuladas por la Casa de Orleans. Carlos II estaba dispuesto á todo, pero el plan de Enriqueta-María era doble. Esperaba casar á su segundo hijo, Santiago de York, con la señorita de Longueville, otra heredera de la misma casa, á lo que Santiago, que había vivido en París durante las aventuras de su hermano, no se prestaba fácilmente. El tercer hijo de la reina de Inglaterra estaba todavía en poder de Cromwell. Después de haber pensado en hacer de él un aprendiz de

(1) Enriqueta-María era la protectora de las religiosas de Chaillot.

Retrato de Carlos II (1657).